
She sleeps! My lady sleeps!

LONGFELLOW

The Spanish student

I

A Oliveira le importaba poco dónde quedara el hotel, porque no tenía intenciones de pasar allí más tiempo del necesario. Cuando todavía estaba sobria, Agatha había sugerido un albergue de familia que le parecía haber visto cerca de la salida hacia Auneuil, algunos meses atrás, un día en que la llamaron para que se hiciera cargo de una vieja yegua con una pata rota. «Las eutanasias me ponen muy triste», le había dicho a Oliveira con su voz de mujer cansada, «por eso ya no las acepto. La que hice ese día fue la última». Después de un procedimiento rutinario y sin complicaciones, Agatha había pensado que un café con brandy podría hacer más llevadera la memoria de la yegua muriendo —esos relinchos de miedo que le hacían doler los oídos, la tensión de las patas manchadas que cedía conforme la droga avanzaba hacia el corazón—, y entró en un lugar que la atrajo porque la silueta de un jinete de fusta y espuelas adornaba la enseña. El albergue era tan agradable, y estaba regentado por un viejo tan simpático, que Agatha prometió que volvería para pasar la noche en una de las cuatro habitaciones del piso superior.

—El viejo peleó en la guerra —le contó a Oliveira—. Pero desertó para estar con su familia, y ya no le parece humillante contarlo. Yo lo felicité. Es lo que yo hubiera hecho.

Pronto fue evidente que no encontrarían el albergue del viejo desertor: Agatha no logró recordar la ruta que había tomado aquella tarde, y todas las calles del pueblo le parecieron la misma calle de señales amarillas recién pintadas y puertas de madera verde que parecían negras en la noche. Para Oliveira fue un alivio: había imaginado el saludo efusivo del viejo —tendría un bigote frondoso que le cubriría los labios—, su conversación interesada en saber quién era Oliveira y qué relación tenía con la mujer, si querían una cama doble, si preferían que los despertaran temprano. No pudo evitar que la perspectiva de esa cordialidad, esa especie de intimidad forzada, le repugnara.

Así que siguió conduciendo. Prefirió rastrear las flechas, obedecer las instrucciones inanimadas de la vía y dirigirse a un *Étap*, uno de esos hoteles automáticos de ciento ochenta francos la noche en donde nadie atiende después de las diez, y el cliente se registra ante una pantalla y usa códigos largos como números de teléfono para abrir las puertas del garaje, del edificio, de la habitación misma.

—Uno no tiene que hablar con nadie —dijo Oliveira—. No tiene que sonreír ni dar explicaciones.

—¿Le da vergüenza estar conmigo?

—Claro que no, Agatha.

—Podemos entrar separados. Puedo decir que soy tía suya, o algo así.

—Nada de eso. No diga estupideces.

Agatha sonrió y cerró los ojos.

—Qué romántico —se burló—. Nuestra primera pelea.

Luego el vino tinto la fue adormilando, y Oliveira encontró que, si presionaba el embrague y levantaba el pie del acelerador, podía oír su respiración, un leve ronquido de niña resfriada. Al llegar, Oliveira detuvo la furgoneta frente a la entrada principal —la pancarta de luz blanca bañó el capó con su brillo grosero, y en el parabrisas

apareció la huella viscosa de una mano—, buscó la tarjeta de crédito en su billetera y, antes de bajar, oyó a Agatha agitarse, abrir los ojos y alegrarse de que hubiesen escogido un lugar tan iluminado. Para él hubo algo atractivo en aquella concesión a temores infantiles de parte de una mujer mayor que él, que había conocido unas horas antes y con la que ahora buscaba una cama en donde hacer el amor.

Regresó frotándose las manos. Apretaba con los labios un papelito liso de bordes dentados. Agatha no fue brusca al tomarlo: lo sostuvo entre índice y pulgar y esperó a que él abriera la boca. El remezón de la puerta al cerrarse no la asustó, pero sacudió la botella vacía bajo sus pies descalzos. Oliveira quiso en ese momento haber bebido también, porque el vino lo habría calentado.

—Nunca ha hecho tanto frío —dijo.

—Estaba soñando con mi hija —dijo ella—. Soñé que estaba viva, aquí detrás, con nosotros, y hablábamos de caballos.

—Atrás no hubiera podido estar. No hay más que cajas y bolsas.

—Y mis instrumentos.

—Sí. Que son lo que más pesa.

—Exagerado. Pero cabe una persona perfectamente, la prueba es que en el sueño aparecía todo esto y también Alma. Me preguntaba para qué servía la jeringa, el bisturí. En el sueño, tenía una bufanda de Charlestown.

—Qué dice el papelito —dijo Oliveira.

—Tres nueve al principio —dijo Agatha—, nueve tres al final. Un poco de números en el medio. ¿Quiere que yo me baje?

Antes de que él respondiera, ella estaba ya de pie, sin zapatos y frunciendo el ceño, frente al portón corrido del garaje. Con dos pasos largos que no delataban el alcohol en su cuerpo llegó al tablero digital. Reprodujo el número —Oliveira podía oír el pitido cada vez que ella

oprimía un botón— y sonrió cuando una luz blanca iluminó la entrada y la puerta se deslizó sobre un riel enclavado en el pavimento.

Oliveira presionó apenas el acelerador. En aquella situación hubo algo de familiar, una cierta comodidad doméstica que no era la de los encuentros de una noche. Abrió la ventana al pasar junto a ella: un marido que regresa a su casa, un hombre al cual alguien espera en algún sitio.

—Gracias —dijo.

—Es como la cueva de Alí Babá —dijo Agatha.

La habitación quedaba en el segundo piso. Tuvieron que subir unas escaleras de alfombra verde, tan trajinada que los pies apenas la sentían, y caminar hasta el fondo de un corredor oloroso a amoníaco. Sólo el rumor eléctrico de una máquina de hacer hielo rompía el silencio. Al llegar al número 17, de nuevo fue ella quien marcó el código. Los tonos que encontraron al entrar eran violetas y fucsias, la colcha de un morado impúdico, las barras de la litera rosadas como la crema de un pastel. Junto a la litera, un espejo de medio cuerpo le devolvió a Oliveira la imagen de un hombre menos joven que él. Se pasó las manos por las sienes y en sus dedos quedaron pelos sueltos, y constató sin dramatismo que su frente se había ampliado de un par de años para acá, igual que una ribera por los aluviones.

—Tres nueve, nueve tres —dijo ella.

—Qué pasa.

—Que empieza con mi edad y termina con mi edad.

La expresión de Oliveira se mantuvo firme como la de un tahúr. Podía oler el aliento de la mujer, ácido de vino y de pintalabios.

—Pero al revés, ¿no?

—Sí, al revés —dijo Agatha—. Sería un capicúa de mi edad, si los números del medio no fueran tan desordenados.

Agatha cruzó los brazos sobre su cintura y se sacó la blusa sin siquiera desabotonarla, con el descuido de alguien que se prueba ropa vieja en los camerinos de un teatro. Por sus senos resbalaban estrías blancas y paralelas como rastros de leche. Entre las copas de su brasier de algodón colgaba una cruz de plata que Oliveira no había visto al salir de la estación de gasolina. El cristal, como si fuera de perla, parecía manchado por las cremas, los perfumes, el sudor de la piel.

—¿Ya le dije cómo sería su apellido en Islandia?

Oliveira negó con la cabeza, de espaldas a ella. Buscó un gancho en el armario para evitar que su camisa se arrugara. En eso, no pudo evitar una sonrisa: eran los hábitos de un hombre soltero.

—Franciscopson —dijo Agatha—. Así sería su apellido. Horrible, ¿no le parece?

II

La había encontrado (era el verbo justo) en una exposición de caballos de circo seis kilómetros al norte de Beauvais, en la propiedad que los herederos del jinete Francisco Oliveira, de los cuales él no quiso hacer parte, habían convertido en escenario de festivales. El lugar no estaba a más de cinco minutos de la A16, pero los sauces y el silbido del viento y las coces de los caballos en sus establos, o quizás una combinación de todo ello, conjuraban el estruendo de los motores como borrando la estática de una cinta grabada. Al atardecer, cuando ya los asistentes se habían ido, Oliveira quiso ver la propiedad de su padre por última vez, no por nostalgias de ningún tipo, sino para ser capaz, más tarde en su vida, de describir aquello a lo que había renunciado. En el picadero había gente. Oliveira rodeó la pared trasera, intentando identificar sin ser visto las voces que venían de adentro. Espiaba por las rendi-

jas de la madera: ahí estaba Antonio, el portugués que durante siete años se había ocupado de los establos, acompañado de una mujer. Entre ambos, un semental lusitano bajaba y subía la cabeza. Podía ser Elmo, podía ser Urano. Oliveira nunca llamó a los caballos por su nombre; se negaba a ponerse al mismo nivel que ellos en las consideraciones de su padre. Urano, Elmo, Oliveira hijo: tres formas distintas de la satisfacción del viejo jinete. ¿Eso había sido Oliveira, un huésped más en las caballerizas? De pequeño, esa pregunta le había cruzado la cabeza con frecuencia. Ahora, a punto de dejar todo aquello atrás, casi lo avergonzaba recordar esos lamentos.

Flanqueó el picadero y destrabó la falleba de madera. La tabla cayó hacia su lado con un estrépito que asustó a la mujer. El caballo no se inmutó. Oliveira comprendió que estaba sedado.

—No se quede ahí mirando —dijo ella—. Venga a ayudarnos.

—No sé nada de caballos —dijo Oliveira.

La mujer llevaba un delantal de cocina en el cual se leía *Mon royaume pour un cheval*. Tenía el pelo del color de una pluma de cuervo, y las facciones tristes y angulosas de su rostro parecían esculpidas con navaja en una barra de jabón. Ignoraba, evidentemente, que le hablaba al hijo de Francisco Oliveira.

—Sabrá sostener una bolsa en el aire —dijo.

Oliveira se acercó a ellos. Minutos antes había caminado junto al arroyo que venía del río Thérain, y ahora el aserrín se pegaba a sus zapatos y a las costuras de sus jeans. La mujer le entregó una bolsa de plástico llena hasta la mitad con un líquido transparente. No hacía sol, pero la luz inclinada de invierno alcanzaba todavía a jugar con el agua de la bolsa como con un prisma. En la muñeca y en el brazo de Oliveira se dibujaban figuras rojas, amarillas, moradas. De la bolsa partía un tubo y se perdía en el costado del animal; lo habían afeitado en la

zona que la aguja penetraba. Oliveira sintió la sensación absurda del frío localizado, como si sólo en ese espacio donde la carne era visible se erizara la piel. Miró a través de la bolsa. Vio la pancarta oblonga en la cual Francisco Oliveira había sintetizado su idea de la equitación: *Cadence, Légèreté, Géométrie*. Vio dos cabezas deformes —un busto de jabón que hubiera sido bello, un pelo negro y movedizo— y los ojos monstruosos de un caballo que comenzaba a cabecear.

—Levante la bolsa —dijo la mujer—. Por encima de su hombro, al menos.

El caballo comenzó a tambalearse. Sus patas delanteras temblaron durante un instante, y entonces su cuerpo cayó de lado como la fachada de un edificio, levantando una nube de aserrín con el golpe hueco de su carne. Pero se negaba a poner la cabeza sobre el piso, y la mujer tuvo que arrodillarse sobre su cuello y todo su peso fue apenas capaz de vencer la resistencia del paciente. El caballo parpadeaba; jadeaba; su labio abierto caía como resina y descubría las encías rosadas, los dientes blancos y duros como el yeso. Antonio le ató una correa a la pezuña izquierda y fue a asegurarla en la baranda de la gradería. A medida que tiraba de la correa, la pata del caballo se abría y revelaba los genitales, negros como el petróleo sobre el marrón de las ingles. La mujer sacudió el polvo de los testículos con dos palmadas de sus manos desnudas, lavó la zona con un líquido amarillo como la bilis y luego con agua caliente, y un fantasma de vapor de agua se elevó en el aire frío. Movié sus manos en el balde de agua —Oliveira notó los bordes sucios de comida para perros—, las secó con una toalla color malva que extendió sobre el aserrín, y sobre la toalla fueron apareciendo los instrumentos de la operación. La mujer tomó del botiquín de aluminio un bisturí pequeño, del tamaño de su dedo meñique, y trazó una línea precisa sobre el escroto del caballo. No fue como si cortara: el bisturí era un plumón de dibujo y la piel del

animal un papel fino. Pero la hoja había cortado. El escroto se abrió como la cáscara de una fruta, se apartó como si tuviera vida propia, y quedaron al aire los testículos blancos y lisos, luminosos sobre la piel negra.

Entonces, la mujer hizo otro corte. Apareció el primer hilo de sangre; de inmediato, la fruta blanca de los testículos se cubrió de rojo. La mujer apretó con ambas manos la base del escroto y los testículos salieron. Levantó el bisturí y cortó de nuevo, pero en ese instante Oliveira tuvo que ponerse de rodillas sobre el aserrín, porque alcanzó a sentir cómo su cabeza se vaciaba de sangre y el mundo frente a sus ojos se volvía oscuro.

—¿Qué le pasa? —dijo la mujer.

—Se va a desmayar —dijo Antonio.

—Levántese, por Dios. Necesito que el suero fluya.

Oliveira los oía, pero no tenía voz.

—Pues sostenga usted la bolsa, Antonio. Ya casi termino.

Oliveira no la vio terminar. Se quedó arrodillado, de espaldas al animal. Cuando se dio vuelta, por una especie de vergüenza masculina, no miró la entrepierna del caballo: sus ojos se posaron en las herraduras que reflejaban el cielo oscurecido. En ese espacio de limpieza apareció la mujer, y a Oliveira le pareció que el cansancio en su mirada no era cosa de la operación, sino que la había acompañado durante mucho tiempo.

—¿Está bien?

—Ya se me pasará —dijo Oliveira.

—¿Quiere entrar? Un té le sentaría bien, o algo caliente.

Oliveira negó con la cabeza.

—Tengo que irme.

—Pero no va a manejar así, es peligroso —dijo la mujer.

Oliveira vio que no sonreía; lo que había en su voz era menos una cordialidad que un ruego.

—Media hora más, media hora menos —añadió ella—. Vaya a donde vaya, eso no va a hacer ninguna diferencia.

Cuando Oliveira le contó que todo aquello, los establos y cada yegua y cada semental, el picadero y el derecho a usarlo, las dos hectáreas de campo cultivable que rodeaban la casona, hubiera podido pertenecerle y él lo había rechazado, Agatha se llevó las manos a la cabeza y lo llamó loco, insensato, desquiciado. Entonces Oliveira se oyó explicando la vida de su padre con una apatía que no era completamente cierta y sin demasiados detalles —pero tocar el tema, aunque fuera en monosílabos y frases cortadas, era ya una rareza—, hablando del hombre que fue el maestro de la equitación artística y que recorrió toda Europa y llegó hasta el Brasil enseñándole a alumnos admirados el arte de sentarse en una silla de montar. Agatha también lo había admirado en su momento, y Oliveira no parecía encontrar forma de hacerle entender su desprecio por el mundo de los caballos lusitanos: a ella le hubiera parecido absurdo abandonar un lugar como Beauvais con argumentos que resultaban demasiado similares a los celos de un hijo único por la profesión de su padre, a la pataleta de un niño consentido. Si fuera un simple desaire, pensaba Oliveira, sus motivos serían fácilmente explicables. Pero el recuerdo de su padre estaba cubierto de resentimientos, cifrado no en el balance de una vida sino en imágenes precisas y llenas de dolor. Oliveira no pertenecía a ninguna parte y su padre tenía la culpa de ello. De su madre, en cambio, no guardaba sino dos o tres recuerdos, como si hubiera concentrado toda su energía en esa antología paterna de reproches. Habían llegado a Francia cuando él todavía era un niño. Su rutina fue inversa a la de otros inmigrantes: comenzaron en los suburbios de París y, a medida que su posición se iba afianzando, a medi-

da que el prestigio del jinete iba siendo reconocido en Bruselas y en Stuttgart, fueron alejándose de la capital hacia la provincia. Oliveira creció con la noción de vivir en un país ajeno, pero sabiendo que ninguno era el propio. Fingía con ahínco cada vez que encontraba una bandera. Envidiaba a los otros niños, que usaban el francés sin sentirse torpes. Él se iba dando cuenta, poco a poco, de que olvidaba su idioma.

Hubiera podido hablarle a la mujer de esas memorias y decirle: «Esta casa es mi padre, estos caballos son mi padre. ¿Entiende ahora por qué me voy?». Pero no lo hizo. Se concentró en cuestiones prácticas, el área total de la propiedad, el precio de los sementales. Cuando el maestro Oliveira murió, los bienes se repartieron con facilidad y en menos de tres semanas, tantas eran las personas que accedían a la herencia si el hijo renunciaba a ella. La única condición que puso Oliveira fue que Antonio conservara su trabajo, pero esto no evitó que el mayordomo le dijera lo que tenía en la cabeza. «Uno no deja la vida tirada así como así, niño. Uno tiene que estar mal del corazón. Parece que usted hubiera vivido solo toda la vida, parece que nadie lo hubiera querido nunca.» Pero Oliveira siguió adelante, sin pensar que vender la propiedad, en lugar de despreciarla, le hubiera procurado por lo menos un dinero que le iba a hacer falta. La compensación que le habían dado, no por el lugar sino por el purasangre que su padre le regaló al cumplir veintiún años, era todo el dinero que Oliveira tenía ahora.

—Yo me paso la vida cuidando a los caballos, y usted se deshace de ellos —dijo la mujer—. Increíble que estemos sentados juntos.

—¿Y usted no monta?

—Pero muy mal —dijo ella.

Ocupaban uno de los largos bancos de madera de la cocina, junto a la estufa de gas, tratando de calentarse un poco. La lámpara del lavaplatos alumbraba la habitación con un resplandor entre blanco y amarillo, y la es-

tufa proyectaba una sombra de avestruz. Oliveira se dio cuenta de que había pasado mucho tiempo desde la última vez que habló con una mujer más de dos frases de cortesía: agradecimientos por méritos que no eran suyos, sino de su padre, y promesas de mantener el contacto y organizar algo con los caballos de Beauvais para el próximo festival. Quizás por eso le pareció afortunado que Agatha hubiera llegado en tren al pueblo, que otro de los asistentes —un periodista gay de acento alemán— la hubiera traído desde la estación. Ahora él, que iba hacia el sur, podía llevarla de vuelta a su casa de l'Isle Adam sin apenas desviarse. Se lo propuso, y la facilidad con que ella aceptó le permitió a Oliveira considerarla vulnerable y fantasear desde ahora con la idea de su cuerpo, con las posibilidades infinitas que podían resultar de un hombre y una mujer viajando solos entre los pueblos del Oise, solo cada uno de ellos pero viajando juntos, con la consciencia de que una noche de sexo no los transformaría pero sería, igual que le había sucedido a él con otras mujeres de una noche, un anestésico, un paliativo de su soledad.

Salieron a eso de las nueve, cuando ya la noche de diciembre era plena. La furgoneta de Oliveira estaba estacionada debajo de un eucalipto; las rendijas de la ventilación, junto a los ejes de los limpiaparabrisas, aparecían cubiertas de semillas y horcas olorosas. Agatha vio las enseñas de la compañía del alquiler, letras verdes y amarillas inclinadas como si les diera el viento.

—Ah, pero se va del todo —dijo—. No sabía que la cosa era tan en serio.

Él habló para sí mismo.

—Claro que me voy del todo —dijo—. No hay otra manera de irse, me imagino.

Después de empacar, Oliveira se había dado cuenta de que cinco metros cúbicos era bastante más de lo que necesitaba. La rubia de la agencia se lo había advertido, por supuesto, pero Oliveira no logró que su rostro

—el labio superior cubierto de una costra amarilla como si la mujer acabara de salir de una gripe violenta— le inspirara confianza. En el compartimento de carga, entonces, el equipaje con el cual Oliveira emprendía el viaje ocupó apenas más de la mitad del área disponible: las dos bolsas de basura llenas de ropa y las varias cajas de cartón dejaron espacio suficiente para una persona. Agatha leyó: Haut Plantade, Thierry Gros Cailloux, Hauts Conseillers.

—Todas estas cajas son de vino —dijo Agatha.

—Sí, pero sólo una tiene botellas. En las demás hay discos y cassettes, revistas de cine. Cosas de ésas.

—¿Hay fotos?

—¿Fotos de qué?

—No sé, del maestro, de algún caballo. ¿No hay algún sitio de esta casa que usted quiera recordar después?

Oliveira lo pensó o fingió pensarlo.

—No, ninguno —dijo al fin—. ¿Usted tiene fotos de su familia?

—Sólo de Alma. Mi hija. Pero es porque ella murió hace dos años, y no quiero que se me olvide cómo era.

Oliveira iba a decir que lo sentía: *siento mucho escuchar eso* o *mi sentido pésame*, pero ambas frases le parecieron torpes, desacomodadas a la casualidad de la revelación, y no logró encontrar ninguna otra.

—Cuénteme más cosas —dijo entonces—. Sólo hemos hablado de mí. Cuénteme qué hace su compañero, por ejemplo.

—Mi compañero no está. Se fue cuando Alma era un cigoto.

A Oliveira lo sacudió la violencia del cinismo. Se sintió indiscreto: eso le pasaba por intentar acercarse a una mujer desconocida. Agatha seguía hablando con soltura. Se inclinó hacia la carga con la curiosidad de un gato.

—¿Cuál es la caja del vino? —dijo—. Tengo ganas de un trago, de pronto eso nos calienta.

Entonces tomaron la N1 hacia el sur, una botella de Saint-Julien sostenida como un biberón entre las piernas de Agatha. Cuando la furgoneta se fundió con el tráfico intenso de la A16, ya la superficie del vino cruzaba por detrás de la etiqueta. La época de lluvias se demoraba; el cielo parecía atascado en un gris invariable. Pronto la autopista dejó de estar iluminada, y lo que Oliveira veía era el resplandor de las luces que viajaban hacia el norte, esa especie de eclipse permanente detrás de la lámina de zinc que separaba las dos calzadas. Agatha se dejó escurrir sobre su asiento, se quitó los zapatos con la mano y puso los pies sobre la guantera. Luego encendió la calefacción. El primer soplo fue violento y le dio a Oliveira en la cara.

—Perdón. ¿Quiere un trago?

—Para mí no, gracias.

—Muy bien —lo felicitó ella—. Uno no toma cuando está al mando del barco, eso lo sabe todo el mundo.

Después de pasar debajo de un puente de concreto —una señal fluorescente ordenaba *Faites la pause toutes les deux heures*—, Oliveira disminuyó la velocidad. Cambió al carril derecho; Agatha le preguntó si se iban a detener para algo justo cuando él entraba en el área de descanso, una bahía de cemento rodeada de pinos. «Necesito ir al baño», mintió él. De un bus estacionado a pocos metros llegaba el escándalo de una pelea. En el piso se revolcaban dos adolescentes, y el sonido de un puño al chocar contra el cráneo del contrario le pareció a Oliveira exótico, algo olvidado, un recuerdo de infancia. «No me demoro», dijo al bajarse. Esto, en cambio, fue cierto: atravesó la bahía hacia la caseta de los servicios, encontró un aparato de látón empotrado en la pared, metió diez francos y recibió en la palma de su mano una cajita de preservativos cuadrada y perfecta como si nadie la hubiera tocado nunca. El dispensador ofrecía también cepillos de dientes y cuchillas de afeitar. Oliveira consideró que no necesitaba nada de eso y volvió a la furgoneta.

Agatha se había terminado la botella. Su impermeable estaba sobre el freno de mano, entre los dos asientos. Al hablar, fue claro que su lengua comenzaba a enredarse.

—¿Le gusto, Oliveira?

Él no respondió.

—¿Vamos a hacer el amor? Porque preferiría no ir a mi casa, eso es lo único.

—Pues iremos a otra parte —se oyó decir Oliveira.

Esperó un instante y añadió:

—Claro, a menos que usted tenga prisa.

—Ninguna —dijo Agatha bajando la cabeza—. En invierno, la puta noche no se acaba nunca.